

Nuestro mundo del 11-S al 11-M

Jónatham F. Moriche

Ciclo permanente de Conferencias *Letra Magistral*
Escuela de Lengua y Cultura Españolas Letra Hispánica
Salamanca, 26 de mayo de 2004

Buenos días a todos y todas.

Quiero empezar dando las gracias a las personas que trabajan en esta Escuela por darme hoy la oportunidad de conversar con vosotros sobre la situación mundial a partir de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York y hasta los atentados de Madrid del 11 de marzo de 2004.

Es posible que algunos de nosotros compartamos la experiencia de despertar con la noticia de un terrible atentado en nuestro país y pasarnos después varias horas llamando por teléfono para saber si personas a las que queremos están vivas o muertas. Algunos de los líderes políticos que mencionaremos han sido elegidos con o contra nuestros votos. Los Ejércitos de algunos de nuestros países participan o han participado en las guerras de las que hablaremos. Reflexionar sobre el estado actual de nuestro mundo es para nosotros mucho más que un enorme y apasionante desafío intelectual. Es también un desafío ético, porque no hablamos del mundo de la guerra de Troya o de la Revolución Francesa, sino de nuestro mundo, del mundo en que vivimos y de nuestras propias vidas.

Es imposible abordar por separado estas dos dimensiones, intelectual y ética, de la cuestión.

Por un lado, el hecho de que hoy estemos aquí personas de tantas nacionalidades distintas, y supongo que también con creencias y valores muy diferentes, utilizando como herramientas la cultura y la palabra que transmite la cultura, es ya una opción ética, porque hoy en nuestro mundo es la violencia, y no la cultura y la palabra, la opción preferente para resolver las diferencias entre naciones, valores y creencias distintas.

Por otro lado, en una situación tan compleja como la actual, necesitamos informarnos, analizar y debatir mucho antes de poder actuar conforme a nuestros principios, y para asegurarnos de que nuestros actos, como votar a un partido o a otro, o asistir o no a una manifestación, tienen las consecuencias que deseamos,

y no las contrarias. Cuando el mundo cambia tanto y tan deprisa como lo hace ahora mismo, también nosotros necesitamos cambiar nuestra manera de pensar y explicar el mundo. Los puntos cardinales de la Geografía están siempre en la misma dirección, pero los de la Historia cambian a menudo, y es bueno ser conscientes de ello, porque si no, nos será difícil caminar hacia donde realmente deseamos hacerlo.

En resumen, al hablar de nuestro mundo ni el intelectual deja en ningún momento de ser ciudadano, ni el ciudadano puede dejar de actuar permanentemente como intelectual. El uno y el otro se necesitan mutuamente.

Hecha esta reflexión previa sobre la naturaleza de esta conversación y nuestra posición en ella, podemos pasar a abordar directamente la pregunta que nos sirve para orientar el análisis: ¿cómo es hoy nuestro mundo?

Nuestro mundo es hoy, sobre todo, enormemente complejo. No puede reducirse a una partida de ajedrez en la que dos oponentes se enfrentan con fichas diferentes, pero todas blancas o negras. Se parece mucho más a una obra de teatro, con un montón de actores diferentes, unos principales y otros secundarios, pero todos imprescindibles, en un escenario cambiante e imprevisible. Además, como en las buenas obras de teatro, la psicología y el comportamiento de los personajes va evolucionando, algunos ganan o pierden importancia según avanza la trama y no todos empiezan y terminan la obra deseando y haciendo lo mismo. En el ajedrez, blanca quiere comer negra y negra quiere comer blanca, desde el principio hasta el final de la partida, y eso hace muy sencillas las cosas. Pero en un mundo complejo como el nuestro, una explicación tan sencilla resulta completamente inútil.

El perfecto ejemplo de una inútil explicación sencilla para este mundo complejo es la teoría del “choque de civilizaciones”, que defiende desde los años ‘90 el profesor Samuel P. Huntington. Para Huntington, la Historia y los valores de la cultura occidental y de la cultura islámica las empujan a terminar enfrentándose: blanca come negra y negra come blanca, hasta el final.

La realidad es mucho más compleja. “Islam” y “Occidente” son dos conceptos demasiado generales, que contienen muchas realidades distintas y dinámicas. Hay muchos “occidentes” dentro de Occidente y muchos “islames” dentro del Islam. En muchos casos vemos fuertes enfrentamientos entre los diferentes “islames” y los diferentes “occidentes”. Y podemos ver también intereses compartidos y estrechas alianzas entre determinados sectores del Islam y de Occidente. En semejante escenario, el esquema de la partida de ajedrez con

disciplinados ejércitos blancos y negros es completamente erróneo.

Empecemos hablando de la complejidad del Islam. Algunos analistas hablan de un Islam “radical”, que se enfrenta a Occidente por medio del terrorismo, y de otro “moderado” que desea convivir en paz con Occidente, pero esas definiciones son también demasiado sencillas.

El Islam se divide en tres ramas principales: el sunnismo, el chiísmo y el wahabismo. Las dos primeras tienen una amplia tradición e implantación, y la tercera es más joven y minoritaria, pero hoy se extiende rápidamente.

Con algunas variantes particulares, mayoritariamente sunnitas son los marroquíes, argelinos, libios, egipcios, palestinos, sirios o turcos. Las sociedades sunnitas son las que más separan la religión y la política del modo en que lo hacemos mayoritariamente en Occidente, y quizás por ello las que nos resultan más comprensibles.

El chiísmo está también muy extendido, pero sólo es dominante en dos países: en Irán, donde es la religión oficial del Estado tras la Revolución Islámica de Jomeini, y en Iraq, donde es mayoritaria, pero estuvo durante décadas bajo la opresión de la dictadura de Sadam Hussein y el partido Baaz, vinculados a la minoría sunnita.

Finalmente, la interpretación más joven, más radical y que se extiende más rápidamente hoy día es el wahabismo, que tiene su origen en Arabia Saudita. El Islam wahabita es el que más se parece al Islam de los grupos de Al-Qaeda y los talibanes de Afganistán, al de las guerrillas que sostienen una salvaje guerra civil en Argelia desde hace más de una década o al de los grupos marroquíes que atentaron en Madrid hace tres meses.

Entre estas tres ramas del Islam se está viviendo hoy día algo muy parecido a las terribles guerras de religión que devastaron Europa después de la ruptura entre los católicos y los diferentes grupos protestantes. Sin embargo, muchas veces se utiliza sin distinciones la definición de “integristas islámicos”, como si estuviesen de algún modo coordinados y tuviesen intereses comunes, para hablar de grupos o Estados sunnitas, chiítas y wahabitas.

Es fácil encontrar pruebas de que eso es un tremendo error. Es cierto que el chiísmo es muy conservador, y desde nuestra perspectiva puede resultar muy intolerante en algunos aspectos. Pero es a la vez un sistema enormemente refinado desde un punto de vista religioso y político y con una gran tradición cultural, que

ha sido capaz de encontrar su propio aunque difícil camino hacia la modernidad. Irán, la principal sociedad chiíta, no es exactamente un ejemplo de democracia, pero existen un Estado y un Derecho consolidados, un notable desarrollo científico e industrial y una cierta libertad de pensamiento y expresión. Irán no es en absoluto un país primitivo, como lo era el Afganistán de los talibanes. De hecho, a los chiítas iraníes les repugna la brutalidad de los talibanes, a los que consideran una versión degenerada y aberrante del Islam, y no movieron un dedo cuando Estados Unidos, su principal adversario durante los últimos veinticinco años, atacó Afganistán tras los atentados del 11-S. A su vez, los terroristas de Al-Qaeda que actúan hoy en Iraq atacan a las tropas ocupantes, como hace la Resistencia nacional iraquí, pero también cometen atentados terribles contra las mezquitas, los líderes y la población civil chiítas.

Aún más difícil de creer resulta la idea de que Al-Qaeda y el régimen de Sadam Hussein tenían alguna relación. Sadam nunca utilizó la religión para justificar su dictadura, ni actuó guiado por creencias religiosas. Su régimen no guardaba el menor parecido con las teocracias iraní o afgana. Su modelo político era más bien el de la dictadura estalinista de la URSS. Igual de fantasiosas son las conexiones de Al-Qaeda con organizaciones como Hezbolá o Hamás. Quienes desean expulsar a las tropas israelíes que ocupan total o parcialmente sus países utilizan medios que pueden gustarnos o no, pero sus objetivos están claros, y no son establecer teocracias al estilo afgano en esos países, sino devolverles su completa soberanía.

Curiosamente, los principales aliados de los grupos wahabitas han estado, durante muchos años, en Occidente. Las tropas norteamericanas que atacaron Afganistán tras el 11-S tuvieron que enfrentarse a guerrillas talibanes armadas con armas también norteamericanas, que Estados Unidos les regaló y les enseñó a manejar durante los años '80 para enfrentarse a los soviéticos. Osama Bin Laden fue durante esos años uno de los principales contactos de los servicios secretos norteamericanos en el mundo árabe. Y aún hoy, Arabia Saudita es un importante socio estratégico de Estados Unidos, aún cuando la gran mayoría de los terroristas suicidas del 11 de septiembre eran sauditas, como lo son también Bin Laden y la mayoría de los líderes terroristas y el dinero con el que financian sus acciones.

¿Y nosotros? ¿Y Occidente? ¿Es posible hablar de "Occidente" como una realidad única y coherente?

La respuesta es también que no.

Igual que algunos hablan de un "Islam moderado" y otro "radical" o "terrorista",

otros hablan ahora de que existen también dos “occidentales”. Antes y durante la guerra de Iraq, hemos visto como un grupo de países occidentales, liderados por Estados Unidos, el Reino Unido y España, apostaba por hacer la guerra, y otro grupo, liderado por Francia y Alemania, se oponía a ella. Esa división ha provocado una enorme crisis en la ONU y otras instituciones internacionales. Sin embargo, no se trata puramente de un conflicto entre intereses nacionales, porque cada una de esas sociedades ha sufrido además enormes tensiones internas por la cuestión de la guerra.

En Francia, cuyo gobierno estuvo en contra de la guerra, importantes sectores empresariales presionaron al gobierno para que participara en ella al lado de Estados Unidos. En España el gobierno fue a la guerra en contra de la opinión de más del 90% de la población y de importantes sectores del mundo económico. En el Reino Unido, Tony Blair contó para ir a la guerra con el apoyo de la oposición parlamentaria pero con el rechazo de muchos de sus propios diputados y de la amplia mayoría de sus propios votantes, que participaron masivamente en las manifestaciones por la paz.

La situación en Estados Unidos, la indiscutible superpotencia hegemónica de nuestro mundo, es aún más compleja. En el año 2000, George W. Bush fue elegido presidente con medio millón de votos menos que su rival demócrata Al Gore, gracias a los manejos de la cadena televisiva Fox y de su hermano Jeb, gobernador de Florida, y a una extraña decisión del Tribunal Supremo contraria a la jurisprudencia existente. No puede decirse que se tratara de un golpe de Estado como los de Franco o Pinochet, pero tampoco fueron exactamente unas elecciones limpias.

Pero la lucha sucia por el poder en Washington había comenzado tiempo antes, cuando un grupo de republicanos muy radicales, los llamados “neoconservadores”, intentaron que el presidente Bill Clinton fuera destituido de su cargo poniendo como excusa un asunto de naturaleza privada que, en principio, no tendría por qué haber tenido la menor relevancia pública. No consiguieron ese objetivo, pero sí otros: hacerse con el poder dentro del Partido Republicano e imponer a su candidato para las elecciones de 2000 –George Bush Jr.

Después del 11 de septiembre, el presidente Bush tenía el apoyo de casi el 80% de la población norteamericana y de la entera comunidad internacional. Hoy ese respaldo interno se ha reducido al 40% y sus únicos aliados exteriores importantes son el Reino Unido e Israel. El movimiento social contra la guerra en Estados Unidos era ya tan grande cuando esta aún no había empezado como en los peores

momentos de la guerra de Vietnam. Los Ayuntamientos de más de 200 ciudades, entre ellas la propia Nueva York, se han opuesto a la guerra. Hay hombres de negocios como George Soros o grupos cívicos como MoveOn que están invirtiendo millones de dólares y miles de horas de trabajo en convencer a los votantes de que en las elecciones de noviembre hay que votar “a cualquiera menos a Bush”. Los editoriales de los principales diarios del país, incluyendo los de conocidas simpatías republicanas, califican los errores de su administración con cada vez mayor dureza.

¿Qué ha sucedido entre el 11 de septiembre de 2001 y la actualidad que pueda explicar todo esto?

Los motivos son varios. El principal es que Estados Unidos ha perdido la guerra de Iraq, esta perdiendo la vida de muchos de sus hijos en esa guerra y además se está arruinando con ella. Y lo que es peor aún, millones de norteamericanos de todas las ideologías se sienten engañados y utilizados por su gobierno.

En el reciente festival de Cannes, el director norteamericano Michael Moore ha recibido el premio más importante con una durísima película de investigación sobre Bush y la guerra de Iraq. En su discurso, ha citado a George Washington para criticar a Bush. Esta ya no es la historia de América contra Iraq o de la izquierda contra la derecha, sino la de Bush contra Iraq y la de América contra Bush. El propio Partido Republicano se está alzando contra Bush y su gobierno. El que fue secretario del Tesoro Paul O’Neil le acusa de hacer una política económica, social y medioambiental desastrosa y de mentir al país sobre los motivos de la guerra de Iraq. El que fue responsable antiterrorista Richard Clarke le acusa de actuar negligentemente contra el terrorismo y de haber manipulado los sentimientos del país después del 11 de septiembre para justificar la guerra, al dictado del entramado político neoconservador que le rodea. El economista republicano Paul Krugman afirma que ese entramado está tratando de subvertir la democracia norteamericana en beneficio propio y de un puñado de empresas de la energía y las finanzas. Grupos de votantes republicanos llegaron incluso a proponer que, si Bush era el candidato de su partido en noviembre, el senador John McCain, quizás el más brillante orador republicano en Washington, debía sumarse, como candidato a la vicepresidencia, a la lista demócrata de John Kerry.

Es importante llamar la atención sobre las raíces económicas de esta división en la nación americana. Aunque la economía mundial había entrado en crisis entre 1997 y 1998, Estados Unidos sólo se vio directamente afectado en el año 2000. La política económica de Clinton se basaba en un mayor reparto de la riqueza para

esquivar los peores efectos sociales de la crisis dentro del país, y en una coexistencia pacífica con los otros grandes poderes económicos mundiales, como Europa o Japón, para evitar que la crisis mundial se extendiese y se agravase. Bush ha hecho exactamente lo contrario. América es hoy bastante más pobre que en 2000, aunque empresas como Halliburton, copropiedad del vicepresidente Cheney, son mucho más ricas. Quizás por eso hay hoy en Estados Unidos más de cuarenta millones de pobres, muchos más que al final del período Clinton, y la cifra sigue creciendo vertiginosamente. Y para que Halliburton no tuviese que competir con las empresas petroleras rusas, francesas o chinas por el petróleo de Iraq y fuese aún más rica, Bush contó un montón de mentiras a los americanos y utilizó al Ejército de los Estados Unidos y el presupuesto del país para sus intereses privados y los de sus socios. En realidad, la administración de George Bush se comporta como un gobierno de ocupación extranjero que no trata mucho mejor a su propio pueblo que al pueblo de Iraq.

Para terminar con esta introducción y abrir paso al debate, quisiera lanzar tres ideas sobre el futuro.

La primera es sobre las elecciones norteamericanas del próximo noviembre. Sólo cabe desear que los norteamericanos se sacudan de encima a George W. Bush como los españoles acabamos de sacudirnos a José María Aznar (y ojalá hagan también los británicos con Blair, los italianos con Berlusconi, los australianos con Howard, etcétera). Difícilmente habrá democracia en el mundo si no la hay en Estados Unidos. Por eso quienes hoy buscan restituir la democracia en Estados Unidos cuentan con la solidaridad del movimiento mundial por la paz. Quienes nos oponemos a la guerra no somos anti-norteamericanos. Al contrario: como casi todo el resto del mundo, amamos América. La América de los motines del té, la América del Verano de la Libertad y las marchas pacifistas sobre el Pentágono. La América de Edgar Poe, Scott Fitzgerald y Paul Auster. De Henry David Thoreau, Malcolm X y Noam Chomsky. De Robert Johnson, Bob Dylan y Public Enemy. De Billy Wilder, Martin Scorsese y Woody Allen. La Norteamérica que Bush y los suyos odian tanto o más que a Sadam Hussein y a los talibanes, y a la que combaten con la violación sistemática de los derechos civiles que consagra el Acta Patriótica o con los intentos de eliminar el derecho al aborto o suprimir el Día Nacional de Martin Luther King.

La segunda consideración es sobre como podemos y debemos afrontar el problema de la guerra contra el terrorismo después del enorme fracaso de Iraq. Mientras Bush y los suyos mentían sobre las inexistentes armas de destrucción masiva y los imposibles vínculos de Sadam con Al-Qaeda, los verdaderos terroristas se han

reorganizado y extendido, como demuestra la masacre de Madrid del 11 de marzo. Ahora Estados Unidos y sus aliados deben abandonar Iraq de inmediato, pedir perdón por sus errores y ayudar respetuosamente a repararlos. Muchos iraquíes perderán entonces su interés por alistarse en organizaciones terroristas y atacar contra Estados Unidos y sus aliados, así que esta ya será una primera buena noticia en la lucha contra el terrorismo. Una segunda buena noticia sería que Estados Unidos abandonase su actual posición de complicidad con el gobierno fundamentalista y militarista israelí de Ariel Sharon y volviese a la senda de los acuerdos de paz de Oslo y Madrid, abriendo de nuevo las puertas de la esperanza para el pueblo palestino. La tragedia palestina duele unánimemente en el corazón de todos los musulmanes, y a todos ellos traerá una buena ración de paz cuando se resuelva por fin. Una tercera buena noticia sería la definitiva pacificación y democratización de Afganistán, que dos años y medio después de la expulsión del poder de los talibanes sigue sumida en la violencia y la pobreza y gobernada por señores de la guerra y traficantes de opio, entre otros motivos porque los recursos para reconstruir el país se han desviado a conquistar Iraq. Son tres ejemplos de cómo debemos a partir de ahora abordar la guerra contra el terrorismo: justo al revés de cómo lo han hecho Bush y los suyos. Que ahora sepamos esto con certeza incontestable es el único beneficio que podremos obtener de la guerra.

Mi tercera reflexión sobre el futuro se remonta algo más atrás en el tiempo. Para corregir el rumbo trágico de nuestro mundo no basta con volver a la situación inmediatamente anterior a la elección de Bush y los atentados terroristas del 11-S. Tenemos que atajar las causas que nos arrastraron a estos desastres y evitar así que puedan repetirse. Si dos terceras partes de la Humanidad están sometidas a la pobreza y la violencia, el odio no tardará en aparecer en una u otra parte del mundo con las horribles consecuencias que conocemos. Y entonces, si nuestras democracias son débiles, otros como Bush o Aznar vendrán a aprovecharse de nuestro dolor para lanzar nuevas guerras que aticen aún más el odio. Para detener esta espiral de destrucción necesitamos con urgencia un mundo más justo y democracias más fuertes. Esos son los grandes retos que nos depara el futuro.

Muchas gracias por vuestra atención.

Jónatham F. Moriche

jfmoriche@mixmail.com
www.geocities.com/jfmoricheweb



Nuestro mundo del 11-S al 11-M

Charla-coloquio con **Jónatham F. Moriche**

Miércoles 26 de mayo - 12.30h

Escuela **Letra Hispánica** - Ciclo Letra Magistral



Escuela de
Lengua y
Cultura españolas

C/ Libreros 28, SALAMANCA
www.letrahispanica.com